

“Cosas de Soto”. “Estás más loco que Soto”. “Estás para Soto”. Estas y otras expresiones, hoy olvidadas por las jóvenes generaciones, estaban en boca de muchas personas de la Pamplona de entonces. Eran frases que, lejos de molestarnos a mis hermanos y a mí, nos otorgaban un aire, no voy a decir que distinguido, pero sí podría decir que especial, y que con el tiempo nos ha llenado de orgullo. ¡Hoy es el día que echo tanto de menos aquellos habituales dichos de mis tiempos jóvenes!

“Cosas de Soto” hacía referencia a que mi padre era, por qué no decirlo, excéntrico, raro, especial, diferente, ¿loco? No, loco, no. Sí que dedicó a la locura, o a la enfermedad mental, gran parte de su vida y lo hizo con gran entusiasmo.

“Estás para Soto” quería decir que la persona debía ingresar en el manicomio. Sí, manicomio. No tengo ningún problema en llamarlo así. Sé que ahora es una palabra políticamente incorrecta y que, en su lugar, se utiliza hospital mental, psiquiátrico... Pero yo digo manicomio porque es la palabra que hemos usado toda la vida en mi casa. Es más, la tengo tan integrada e incrustada a mi vida que la asocio a mi infancia, a mi adolescencia, a la felicidad, a los juegos, a la diversión, al escondite, a la granja, a las historias de El Papa. Sí, El Papa, uno de los enfermos que nos contaba tantas historias y que se pensaba que era el sumo pontífice. En fin, manicomio para mí es casa, porque ahí viví y porque ahí fui feliz.

Así que, sin miedo a las palabras, porque mi padre tampoco lo tenía, escribo esta historia, la de quien dirigió el manicomio durante más de 40 años combinando profesionalidad, valentía y originalidad. Lo entenderán al leer estas páginas.

Pero tengo que comenzar esta historia con una especie de “mea culpa”. Sé que muchas personas merecen una biografía, muchas personas tienen historias inte-

resantes que deberían ser contadas, muchas personas han dejado huella durante su vida en la vida de otros... Lo sé y por eso soy consciente de la gran suerte que tengo de poder contar la historia de mi padre, cuando muchas otras también deberían ser narradas. Así que pido disculpas, desde el inicio, por no dedicarme al resto y elegir ésta. Si lo hago, además de por razones sentimentales y familiares obvias, además de por la cercanía que me permite una mayor facilidad para narrar su vida, es porque quiero que se conozca lo que no se conoce o lo que, conociéndose, puede perderse sobre la contribución de Federico Soto Yarritu a la psiquiatría, en Navarra y fuera de esta comunidad. Y porque quiero completar lo que se sabe de él, aspectos, en muchas ocasiones, ligados en exclusiva a la anécdota que, aunque también merece la pena ser contada, por supuesto, han podido cubrir la faceta más profesional del personaje. Quiero, pues, derretir ese manto de nieve que ha podido caer sobre su historia para dejar al descubierto el campo verde, el jardín, la tierra que fue su vida y la del manicomio. Aunque nieve de vez en cuando.

Manicomio, pero no locos. Nunca locos. Jamás le escuché a mi padre esa palabra. Para él había enfermos, como para nosotros. Además, en el fondo, ¿dónde está la locura? Bajar las escaleras por la barandilla del chalé de casa todos los días del año, como hacía Mary Poppins ante la mirada atónita de los niños a los que cuidaba, y como le gustaba hacer a mi padre, ¿podría ser considerado un signo de locura o es el reflejo de la pasión por disfrutar de la vida? ¡Qué más da! Esta es la historia de la vida de mi padre, intensa y estrujada al máximo, Federico Soto Yarritu, médico, neurosiquiatra, marido, melómano, traductor, profesor universitario, director del manicomio... Y para mí, sobre todo, padre.